

Debate sobre la violencia revolucionaria, la militancia y el marxismo

Otra breve vuelta de tuerca sobre una prolongada discusión

El libro colectivo **No matar. Sobre la responsabilidad. Segundo volumen** editado el año pasado por la Universidad Nacional de Córdoba recogió varios textos publicados originariamente en **Políticas de la memoria**: mi ensayo «Notas para una crítica de la razón instrumental» (PM 6/7), la réplica de Elías Palti «La crítica de la razón militante» (PM 8/9) y mi contrarréplica: «Elogio de la razón militante» (PM 8/9). Aparecidos estos textos, creí que tanto Palti como yo habíamos expuesto largamente nuestros argumentos y confrontado nuestras diferencias teóricas, políticas e historiográficas. Pero el editor cordobés decidió, no sé si por afinidad ideológica, por obsecuencia académica o por una mezcla de ambas, cerrar el volumen con un nuevo texto de Palti, «La violencia revolucionaria como problema historiográfico-conceptual. Para una arqueología de la subjetividad militante», donde reitera sus argumentos contra mi postura.

Triste final para un debate apasionado y apasionante, pues el editor eligió cerrarlo con un texto que clausura un debate político-intelectual postulando que todo fue un lamentable malentendido, pues nadie advirtió hasta su llegada que se había concluido la Historia ni que habíamos ingresado en la Poshistoria. ¿De qué sirve, entonces, la asunción de responsabilidad, o peor, de culpabilidad de del Barco, si en la Historia asesinar en nombre de valores transhistóricos era la regla? El problema que no advierten del Barco ni sus críticos, vino a decirnos Palti, es que la culpa es el producto de que ya nadie es capaz de escudarse en el Partido, la Revolución o el Comunismo para asesinar, sin caer en flagrante contradicción... ¡Todo el problema de del Barco y su antigüalla existencialista de la responsabilidad y la culpa es que, sin advertirlo, se le cayó la coartada! ¡Es la Poshistoria, estúpido! Palti dice ahora que mi respuesta lo decepcionó, aunque abre sobre el final una generosa invitación a colaborar (sic) en su arqueología de la izquierda... En fin, si hemos de plantear las cosas en estos términos, yo debo decir que sus silogismos me aburren soberanamente, aunque debo reconocer que su invitación final me arrancó una sonrisa.

No he de responder aquí cada párrafo ni cada imputación de Palti, pues escogí el camino de airear el debate abriéndolo a otros interlocutores, incluso a investigadores de la generación siguiente. Respecto de su tratamiento del Merleau-Ponty de **Humanismo y Terror** como «compañero de ruta» del PC, me tienta recordarle que una acusación de ese talante fue la que llevó a su ruptura con Camus; que fue Sartre y no Merleau el que (tres años después) se acercó al comunismo y eso provocó la ruptura entre ambos amigos (1952-53); que en la entrevista con Gavi que Palti cita oblicuamente, Sartre habla de los esforzados equilibrios que Merleau y él hacían en los años de posguerra entre el PS, los republicanos populares y el PC, hasta que a principios de la década siguiente, cuando Sartre se convierte en «compañero de ruta», sus caminos se abisman definitivamente.¹ O que el lema de Merleau era: «No soy comunista, pero mucho menos soy anticomunista». Pero, en fin, me limito a este punteo sumario: Palti tiene todo el derecho de leer a Merleau-Ponty desde el prisma de Furet.

Quiero detenerme solo en un punto, que entiendo es el central. Si tratamos de encontrar algo nuevo en el último texto de Palti, podríamos recoger su insistencia en que nuestras diferencias no son de carácter político sino historiográfico. Es notable que ya entrado el siglo XXI alguien pueda hacer tan ligeramente semejante afirmación, como si las querellas historiográficas no estuvieran atravesadas por la política. Con notable candor, Palti sostuvo recientemente que la labor historiográfica tiene un carácter científico mientras que la política, algo quirúrgicamente separado de la historiografía, corresponde al plano del compromiso personal del historiador en tanto que ciudadano. Lo hizo, ante la perplejidad de los presentes, nada menos que en las Jornadas de Pensamiento Crítico «José Sazbón» realizadas en Rosario en noviembre de 2010. Por lo visto, Palti cree que su opción historiográfica es neutra políticamente (que sólo no lo es la mía), y de

¹ Sartre, Víctor, Gavi, **El hombre tiene razón para rebelarse**, Caracas, Monteávila, 1975, p. 32 y ss.

ahí el fastidio con el que responde cuando yo la califico de logicista, conservadora y despolitizante.

Por el contrario, sostengo que el núcleo de nuestras diferencias historiográfico-políticas radica en el modo en que cada uno entiende (y se planta frente a) el fin del «siglo corto», esto es, la decisiva coyuntura 1989-91. Sin duda, nadie negaría que hay un ciclo histórico que se cancela allí, pero las diferencias estallan cuando tratamos de definirlo: ¿se cierra el ciclo del comunismo nacido en 1917, el ciclo de las izquierdas nacidas entre mediados y fines del siglo XIX, el ciclo iniciado con las grandes revoluciones burguesas de los siglos XVII y XVIII, o bien el ciclo de la misma modernidad? ¿O incluso, Fukuyama *dixit*, el de la historia misma? Los balances políticos y los proyectos historiográficos van a recortarse según se respondan de un modo u otro estos interrogantes en el presente.

He expuesto reiteradamente que, desde mi perspectiva, en 1989-91 se cierra el ciclo de los comunismos abierto con la Revolución de Octubre. Lo que entonces murió, sostuve y sostengo, es el comunismo, arrastrando consigo en su caída a toda la familia de los comunismos del siglo XX, desde el comunismo de izquierdas de los años '20 hasta el maoísmo, pasando por el trotskismo y varios ismos más. No niego, claro está, que el colapso del comunismo haya afectado al conjunto del arco de las izquierdas y al marxismo, pero creo también que tuvo su efecto liberador.

En América Latina, el ciclo de la lucha armada había concluido incluso algunos años antes, con la victoria sandinista de 1979 y la inauguración de un régimen democrático de partidos en Nicaragua. La victoria del FSLN le dio cierto aire a las luchas guerrilleras de América Central a comienzos de la década de 1980, pero con la fatídica experiencia de Sendero Luminoso en el Perú ese ciclo se cerró definitivamente. No puedo explayarme aquí sobre esto, ya lo hice en muchas oportunidades y existe al respecto una vasta bibliografía.

Ahora bien, desde que acepto que el ciclo histórico del trotskismo está *concluido* (más allá de que existan grupos supérstites que se reclamen trotskistas), entiendo que el diagnóstico vale para *todas* las familias de la tribu trotskista, sean éstas «mandelistas», morenistas, lambertistas o posadistas, por citar sólo algunas. Así lo escribí en el balance que esboqué en **El Rodaballo** a propósito del fallecimiento de Mandel: a pesar de todos sus méritos por haber logrado sacar el pensamiento trotskista de un enclave sectario, de haber renovado el pensamiento económico marxista y de haber pensado audazmente los problemas de su tiempo (el desarrollo capitalista de posguerra, la nueva revolución tecnológica, las transformaciones sufridas en el mundo del trabajo, los ciclos económicos, la naturaleza de las crisis, etc.), su techo, su límite, radicaba en su esperanza puesta en el carácter potencialmente revolucionario de un proletariado al que siempre le daba chances de recomposición social y política; así como en la pervivencia de tradiciones revolucionarias en la URSS que más tarde o más temprano se activarían en un proletariado dispuesto a encauzar una revolución política.

No me interesa pues, como me acusa Palti, demostrar que Mandel «tuvo razón» y Moreno no la tuvo, desde que sostengo que ambos, así como el resto de las familias de la tribu trotskista, sucumbieron víctimas de la misma esperanza. Dicho esto, mi oficio de historiador me obliga a distinguir dentro de la matriz que es común a todas las corrientes del movimiento, a trotskismos de diverso tenor, algunos más obreristas, otros más populistas; unos más teoristas, otros consagrados ante todo a la urgencia de la acción militante; unos más bien sectarios y otros algo mejor dispuestos a la acción frentista, etc. En mi réplica a Palti señalaba que la debacle de fin del siglo XX afectó gravemente a toda la tribu trotskista, pero que algunas corrientes dispusieron de anticuerpos críticos que facilitaron su recomposición (ponía el ejemplo del trotskismo brasileño integrado en el PT, o del trotskismo francés recompuesto como partido anticapitalista), mientras que otras se vieron enfrentadas a un grave desarme teórico y lo pagaron con el precio de mayores divisiones y subdivisiones.

Palti, en su logicismo antihistórico, aplasta todas estas diferencias: convierte el trotskismo morenista en el paradigma de las «verdades» del marxismo; y proyecta el desarme teórico-político de esta corriente en 1989-91, al conjunto del marxismo, para así concluir que desde entonces no es más que una red llena de agujeros... Si me esforcé en mi contrarréplica en presentar otros trotskismos y otros marxismos, es porque creo que sí hubo respuestas marxistas de espesor teórico a dicha coyuntura y al fin de dicho ciclo, que Palti no sólo desconoce sino que se empeña reiteradamente en desconocer. Palti tiene todo el derecho del mundo de pasar del trotskismo morenista al posmodernismo. Lo que no debiera hacer es convertir ese pasaje tan personal en un camino real. Su decisión de cerrar su amarga pelea con Botana y volverse contra la izquierda, no es otra cosa que política. Lo más odioso de la perspectiva de Palti es que quiere hacernos creer que su *elección política* de pensar desde la poshistoria no es otra cosa que un puro resultado lógico.

Como, a diferencia de Palti, creo que el ciclo histórico de las izquierdas, las resistencias, las rebeliones y las revoluciones *no está concluido*, todo trabajo historiográfico que apunte a extraer del pasado un beneficio de inventario para el presente, permanece vigente. El leninismo ha muerto, sin duda, pero sigue siendo actual la pregunta de Lenin: «¿a qué herencia renunciamos?». O lo que es lo mismo, ¿qué permanece vigente para el pensamiento crítico y las luchas del presente del pensamiento y de las luchas del pasado? Por ello, no es que no *puedo* adoptar una olímpica distancia respecto de la experiencia militante para pensar sus supuestos (a causa de alguna deficiencia lógica, o una insuficiencia teórica — no haber leído lo suficientemente a Skinner), sino que *no lo quiero*. Es una decisión *política*, tanto como lo es la *suya*. Le deseo a Palti mucha suerte en sus excavaciones de arqueólogo, pero por mi parte me niego a considerar el conjunto de la historia de las luchas sociales y políticas y a las disputas en el seno del marxismo del siglo XX, como si tratara las querellas entre troyanos y troyanos, o entre cátaros y albigenses. Propugno, en cambio, añadir de modo productivo historia, teoría y política (por mentar el título de un autor que es la *bête noire* de Palti) como lo han hecho,

por ejemplo, los historiadores marxistas británicos. Este compromiso con el presente no le quita necesariamente a mi trabajo un ápice de rigor, como tampoco el pretendido apoliticismo le agrega necesariamente rigor al quehacer histórico.

En efecto, abogo por una historia crítica de las izquierdas realizada desde una perspectiva de izquierdas y con el instrumental teórico de un marxismo crítico, así como otros lo hacen desde el nacionalismo, el liberalismo, el historicismo o el posmodernismo. Desde luego que esta somera declaración de principios historiográficos no basta, pues incorporo a mi perspectiva múltiples aportes que a muchos de los que hacen historia de la izquierda desde la izquierda les resulta ecléctica, revisionista, herética o liquidacionista. Poco me importa. No me interesa tampoco atender a esas críticas: conozco bien la obra de algunos colegas que practican la historia militante pura y simple, sin el menor distanciamiento, tratando a los actores históricos como sujetos políticos del presente. Así como he dado mi batalla contra el profesionalismo aséptico, también supe darlo contra las versiones oficiales u oficiosas de la izquierda, que también aplanan la historia.

Nuestro arqueólogo, con dudoso buen gusto, compromete a un colega en el relato de la siguiente anécdota: «Su intervención en este debate me trae a la memoria un señalamiento de Carlos Altamirano respecto al debate suscitado entre Pucciarelli y Tarcus al cierre de un encuentro realizado en la Universidad de Quilmes sobre los aportes recientes a la historia de la izquierda. Como decía Altamirano, si bien los argumentos de uno y otro parecían simplemente replicar posturas de los años setenta, se podía aún descubrir cómo se alteraron las condiciones de enunciación de esas mismas ideas» (p. 298).

Palti cita otra vez de mala fe: mi debate de la mesa de cierre de las jornadas sobre izquierdas de la UNQ (viernes 13/9/2002) no fue con Pucciarelli, sino con Luis Alberto Romero (por el contrario, coincidimos mayormente con Alfredo en éste y otros puntos). Yo defendí aquella tarde una vinculación productiva entre historia y política, mientras que Romero, como es previsible, defendió una profesionalización del historiador donde la historia se separa quirúrgicamente de la política. Es la postura que sostiene, con mayor sofisticación, es cierto, Palti hoy. Ahora bien, hasta donde sé, el debate no nació ni murió en la Argentina de los años '70 del siglo pasado, sino que atraviesa la historia de la historiografía contemporánea. Conozco y respeto la preceptiva croceana: «la historia no es justiciera sino justificadora». Los historiadores, dice Croce en **Storia come pensiero e come azione**, no deben juzgar sino comprender. Yo no creo que esto, así formulado, sea posible: la perspectiva liberal intrínseca a la historiografía de autores como Croce y como Romero es evidente para todos menos para ellos mismos. Reconozco la necesidad del historiador de comprender, pero creo que el historiador necesariamente juzga, que pondera desde el presente, con la perspectiva que le da el presente y desde un lugar que es, claro está, distinto del de su objeto. El historiador, aunque sea con sobriedad y ponderación, postula un juicio histórico, y al juzgar siempre articula, como quería Gramsci, pasado y presente. Es en ese sentido que elegí, hace ya muchos años,

comprometer mi propio trabajo historiográfico con la perspectiva de un Thompson, un Hobsbawm, un Anderson; de un Haupt, un Paris; de un Aricó, un Flores Galindo...²

Lo mismo vale respecto del debate sobre la violencia revolucionaria: no me interesa sopesar hoy qué autor del pasado «tuvo razón», sino entender por qué en determinados procesos históricos la violencia pudo ser ejercida dentro de los límites de cierta legitimidad revolucionaria, y en otros no. Trato de pensar la dinámica de procesos históricos en los cuales un poder insurgente frente a una situación de opresión estatal, en principio representativo y legítimo ante amplios sectores de las masas populares, puede transformarse en puro contra-estado y replicar las jerarquías, la violencia o la corrupción estatales de modo especular e instrumental; trato de comprender el momento en que la captura de rehenes enemigos se transforma en secuestro extorsivo, en que la muerte de un militar enemigo, inevitable en el asalto a un cuartel o en un enfrentamiento en una guerra civil, se transforma puramente en asesinato, como señala del Barco en su réplica a Rozitchner. Del Barco lo plantea bien, cuando sostiene, dentro del derecho a la rebelión, la apelación a la *contra-violencia*, pero, aclara, una *contra-violencia* «no asesina» (p. 102 del libro citado).

Desde ya que no es posible formular un conjunto de normas a priori que nos permitan diferenciar las formas, los tiempos y los procedimientos legítimos de los ilegítimos. Pero esto no nos coloca, como cree Palti, ante un problema indecible... Para Palti, la violencia legítima no se puede conceptualizar: cuando hay Historia con mayúsculas, la conceptualización no es necesaria; cuando ya no la hay, se vuelve vacía; y según sus cortes epocales, ayer hubo Historia, mientras que ya no la hay («el *Sattelzeit* volvió imposible toda referencia al pasado como fuente última de legitimidad»). Palti, entonces, le da la razón a los críticos de del Barco que sostienen que toda violencia revolucionaria excede la decisión individual responsable pues toda apelación a un principio que la justifique es necesariamente exterior (Historia, Revolución, Comunismo) e implica eludir dicha responsabilidad.

Sin embargo, cuando vivíamos bajo el reinado de la Historia, se ejercieron violencias revolucionarias que se legitimaron ante los ojos de las grandes masas —el ejército de Sandino, los republicanos españoles en guerra civil, la guerrilla cubana en la Sierra Maestra—, mientras que otras experiencias, como Sendero Luminoso, las FARC o la ETA, se empantanaron en prolongadas confrontaciones que las deslegitimaron por apelar a los métodos terroristas que ellas mismas nacieron para condenar en sus respectivos Estados. Por otra parte, hoy mismo, en la mismísima poshistoria de Palti, siguen vigentes apelaciones a la violencia revolucionaria, algunas de las cuales logran conquistar legitimidad social (el Ejército Zapatista que se alzó en Chiapas en 1994, por poner un caso) y otras no (el MRTA peruano, por poner otro). No creo, en suma, que la cuestión de la violencia revolucionaria pue-

² Además, no sería difícil imaginar un cuadro en el que Altamirano expone sobre peronismo y cultura de izquierdas en un coloquio en la Universidad Di Tella o San Andrés, y donde Botana le susurra al oído a Cortés Conde: ¡qué setentista que es todo esto!

da subsumirse y resolverse en la dicotomía historia/poshistoria. Creo, en cambio, en la necesidad de una explicación histórico-política, estudiando cada caso histórico en concreto, las tradiciones de lucha de cada nación, los métodos utilizados, las modalidades adoptadas en las tomas de decisión colectivas, los cambios en el apoyo popular, las tendencias militaristas que tienden a autonomizarse, las tendencias sustituidas, etc. En los extremos, no es lo mismo la decisión de un individuo o un grupo de asaltar un cuartel, que miles de campesinos chiapanecos votando previamente un levantamiento armado. En fin, una vez estudiadas diversas experiencias, es posible compararlas y pensar el problema de la legitimidad de la violencia revolucionaria y sus límites.

Desde ya que no creo que esas dinámicas sean el mero resultado de concepciones teóricas previas, sean vanguardistas, foquistas o lo que fuere. Esto es una mera atribución de Palti: yo no pienso en términos de que la «teoría» anticipe pura y simplemente a la «práctica», como solía plantearse en los debates de la socialdemocracia rusa del 900, ni tampoco que las ideas nazcan simplemente en el seno de la práctica, como postulaba El Gran Timonel. La formación y la transformación de las ideologías políticas es algo demasiado complejo para resumirlo en esos términos simples. Por eso no creo tampoco que el problema de las izquierdas sea simplemente de índole teórica, y que de aplicar en el futuro concepciones correctas, como las mías, las cosas se encaminarían, como Palti me imputa. Aquí su texto cae en lo que en la tradición militante se denominaba «una chicana barata». Acaso un síntoma de que la militancia no está tan muerta y enterrada como el propio Palti quisiera.

En mis «Notas para una crítica de la razón instrumental» traje al debate del Barco los planteos acerca de la violencia revolucionaria de Semán, Brocato, Helios Prieto, Pilar Calveiro, Schmucler y del propio del Barco veinte años atrás, no porque, como afirma Palti, me interesara presentar «quién anticipó [mis] propias ideas al respecto», sino porque busqué inscribirlo en un debate de mayor duración, iniciado en los mismos años de la lucha armada (¡en el transcurso mismo de la Historia!) y también porque busqué mostrar las dificultades con que se abrió camino y las veces en que fue asordinado, hasta que finalmente estalló en las páginas de **La intemperie**. Va de suyo que desde el momento en que los recupero, y construyo una cierta «tradición» a partir de figuras provenientes de diversas corrientes políticas, es porque creo que han aportado y siguen aportando algo productivo para el debate presente. Es algo que tiene que ver con la función intelectual, absolutamente ajena al profesionalismo aséptico de Palti, que interviene en el debate sobre la violencia revolucionaria, debate eminentemente intelectual, para plantear que nadie entiende los supuestos subyacentes sobre los que está parado, que por supuesto sólo él ve, para sofocarlo con su programa de historia conceptual académica.

Ahora resulta que Palti lee mis libros de historia de las izquierdas como historias justicieras, a la Bayer, donde establezco «héroes» y «villanos», los que llevan la «línea correcta», y los que se equivocan. Los «héroes» a los que alude, Silvio Frondizi y Milciades

Peña, son tratados en **El marxismo olvidado** en todo caso como «héroes» trágicos. La lucidez que les atribuyo no se traduce nunca en «línea correcta», pura y simplemente porque no tiene traducción política. No me privo, por otra parte, de señalar sus tensiones, sus contradicciones, sus *impasses*, sus repliegues, sus derrotas... Por otra parte, las corrientes políticas de las izquierdas son tratadas con ponderación. Reconstruyo sus debates con otras figuras de su tiempo —Puiggrós, Ramos, Moreno— sin minusvalorar sus libros ni sus ideas, sin hacer jamás mofa de ellos. Sin duda, no habré encumbrado a Nahuel Moreno como hubiera querido Palti, pero el tratamiento de su figura y de su corriente fue llevado a cabo con ponderación. Incluso cuando trato de las querellas entre Moreno y Peña hago un juego de espejos con Sarmiento y Alberdi... Lo mismo puedo decir del tratamiento de figuras como Wilmar, Lallemand, Justo o Ingenieros en mi **Marx en la Argentina**: en vano se buscará allí una lucha entre marxistas «verdaderos» y marxistas «falsos». El «marxismo ortodoxo» de un Kautsky o un Lallemand es tratado como una construcción tan próxima o tan alejada del «marxismo de Marx» como lo es el «revisionismo». La concepción misma del **Diccionario biográfico de la izquierda** rompe desde el vamos con ese tipo de clasificaciones binarias. En fin, para qué seguir, llevo varios libros y decenas de artículos discutiendo perspectivas como la que Palti me atribuye. A ellos me remito, son mi mejor defensa.

Me interesa, como dije, la apertura del debate, sobre todo a las generaciones que nos siguen. En la página siguiente, Ariel Petrucelli ofrece su propio balance del debate en cuestión, enlazándolo con sus propias consideraciones sobre la situación presente del marxismo. Petrucelli, profesor de la Universidad del Comahue, y autor del **Ensayo sobre la teoría marxista de la historia** (Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1998) y de **Docentes y piqueteros** (Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 2005), viene de publicar **Materialismo histórico. Interpretaciones y controversias** (Buenos Aires, Prometeo, 2010). Está próximo a aparecer por esta misma editorial **El marxismo en la encrucijada**.

A continuación presentamos la ponencia que leyó Laura Sotelo, profesora de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Rosario, en las Jornadas de Teoría Crítica «José Szabón», que se desarrollaron en noviembre de 2010 en esa ciudad. Sotelo es doctora en filosofía (UNR) y autora de **Ideas sobre la historia. La Escuela de Frankfurt: Adorno, Horkheimer y Marcuse** (Buenos Aires, Prometeo, 2009).

H. T.